

235. tago plantadas las águilas romanas hasta en los muros de la cercana Trípoli, pidió la paz, y Régulo habría podido obtener entónces el convenio que hizo Roma despues de trece años de guerra, y á costa de cien mil muertos; pero ambicionando no dejar á otro la gloria de una empresa que habia principiado él, respondió que solo concedería la paz á Cartago cuando no tuviese ni un solo buque en el mar. Arrogancia indigna de un buen capitán, que reduciendo á la desesperación á los Cartagineses, hizo que confiáran sus armas á Jantipo, Espartano, tal vez uno de aquellos que abandonaban su patria por no verla humillada. Conoció este que la victoria no dependía de la cobardía de los Cartagineses ni del valor de los Romanos, sino de la falta de generales, enseñó el buen uso de los elefantes y de la caballería, y llevando á los Romanos al campo, los venció cerca de Clipea, haciendo prisionero al mismo cónsul.

Dícese que entónces los Cartagineses enviaron á Régulo á Roma para proponer el canje de prisioneros, haciéndole jurar, que si no lo conseguía, volvería á Cartago. Régulo, anteponiendo á su interés lo que creía mejor para la patria, aconsejó al Senado que continuase la guerra, y dejase morir á los prisioneros que no habían sabido conservarse libres. Fiel á su promesa, volvió á Cartago, donde terribles tormentos castigaron su lealtad; y Roma, compitiendo con su rival en barbarie, entregó á la venganza de la mujer de Régulo los prisioneros cartagineses, á quienes esta afligió con largos tormentos, hasta que la autoridad tuvo que quitárselos (1).

(1) Los libros de Tito Livio, en que debía hablar del ponderado heroísmo de Régulo, han desaparecido. Polibio no hace mención de él: Dion Casio lo pone como una tradición, que Silvio Itálico hermosa y aumenta con su poesía. En Diodoro de Sicilia, historiador tan minucioso y con frecuencia exacto, falta el libro XXIII, donde debía referirse el hecho; pero dos fragmentos de él parece que lo desmienten. En el primero cuenta la derrota de Régulo, atribuyéndola á su arrogancia, que comprometió los intereses de la patria, cuando podía darle una paz ventajosa. « La mayor parte de la calamidad, dice, recayó sobre el autor de tantos males; pues la gloria que habia conquistado primero quedó empañada con la gran ignominia en que cayó; y con su infelicidad dió una lección á los que se ensobrecen insolentemente en la fortuna. » Ni con una sola palabra templa Diodoro la dureza de la reconvección; antes bien, en otro fragmento cuenta la crueldad con que la mujer de Régulo trató á los prisioneros que le fueron confiados. « No pudiéndose consolar de la muerte de su marido, indujo á sus hijos á atormentar cruelmente á sus prisioneros. Encerrados estos en un cuarto pequeñísimo, se vieron obligados á estar con el cuerpo encorvado como bestias, y á todas horas privados de todo alimento por espacio de cinco días. Bodostar murió de hambre y de tristeza de ánimo. Amilcar, de ánimo grande, iba sosteniéndose, y rogaba muchas veces á la mujer con lágrimas tuviese compasión de él, refiriéndola el cuidado que habia tenido de su marido, sin poder despertar un sentimiento humano en su corazón. Tal era su crueldad, que tuvo encerrado con Amilcar cinco días el cadáver de Bodostar, y daba á Amilcar solo el alimento necesario para que conservase vivo el sentimiento de su calamidad. Amilcar, viendo perdida toda esperanza de que sus ruegos tuviesen efecto, principió á conjurar á Júpiter Hospitalario y á los dioses que cuidan de las cosas humanas, y á lamentarse de las duras penas que sufría en premio de una buena acción. Sin embargo, no murió en tan horroroso estado, ya fuese por misericordia de los dioses, ya por su buena fortuna que le deparó un inesperado socorro; pues cuando se encontraba en la mayor extremidad, tanto por el fétido olor que exhalaba el cadáver, como por las demas miserias de aquella prisión, algunos siervos de la casa contaron el hecho á personas extranas, que irritadas de tal crueldad, lo

La envidia de aquel gobierno de traficantes nos hace mas fácil creer que los Cartagineses, recelosos de Jantipo vencedor, como los Venecianos de Carmañola, lo persiguieron, ó lo embarcaron en una nave agujereada para que se fuese á fondo, ó con asesinos que lo arrojasen al mar. El hecho es que la Historia no vuelve á hablar de aquel general.

240. Se aumentó entónces la guerra en Sicilia, y por espacio de ocho años llevaron los Romanos la peor parte, perdiendo cuatro escuadras. Sufrieron su mayor derrota cerca de Drepano, cuando, habiendo consultado el cónsul Claudio Pulcro los pollos sagrados, y viendo que no comían, dijo, haciéndolos arrojar al mar: *Pues que beban*. Esta impiedad desanimó á los soldados, vencidos anticipadamente. Agrigento fué tomada y arrasada enteramente por los Cartagineses; pero al fin consiguieron los Romanos en Palermo una victoria decisiva, que puso toda la Sicilia en su poder, excepto Drepano y Lilibeo. Estos dos promontorios al Oriente podían considerarse como el antemural de Cartago, por lo cual era de grandísima importancia el poseerlos; pero todas las tentativas que los Romanos hicieron para tomarlos fueron inútiles, estrellándose contra la pericia del hábil general Amilcar Barea, padre de Anibal, que situado en el promontorio de Erice, con fuerzas que en su mayor parte se componían de soldados galos, sin aliados en las cercanías, sin fortalezas y sin esperanza de socorro, se sostuvo por espacio de dos años, y desde allí hizo excursiones á la costa de Italia hasta Cúmas, derrotando muchas veces á los Romanos. Cartago mandó en su ayuda una escuadra con dinero y provisiones, pero con muy pocos hombres, la cual habiendo sido encontrada por Lutacio con doscientas naves de cinco órdenes de remos cerca de las

denunciaron al momento á los tribunales. Probadó el caso, y llamados los Atilios por los magistrados, poco faltó para que fuesen condenados á la pena capital los que con tan infame crueldad habian manchado el nombre romano. Pero los amenazaron los magistrados con gravísimas penas si no cuidaban de buena fe á los prisioneros. Los Atilios, por tanto, atribuyendo á su madre la culpa de cuanto habia ocurrido, quemaron el cadáver de Bodostar y enviaron sus cenizas á su patria, y en cuanto á Amilcar, lo cuidaron con esmero hasta que se restableció de los padecimientos que habia experimentado.

El argumento mas poderoso para negar la embajada puede sacarse de la inutilidad, por lo meaos, del consejo que se atribuye á Régulo. Con el canje de los prisioneros, Cartago solo hubiera recobrado mercenarios, que podia proporcionarse en otra parte solo con dinero; y Roma adquiría ciudadanos, que habieran borrado su infamia con grandes proezas, como los devueltos por Pirro. ¿No podían los prisioneros ser otros tantos Régulos, grandes capitanes y grandes ciudadanos? ¿Acaso habia postrado el ánimo del cónsul el tener los brazos encadenados? La razon mas poderosa que Horacio expone es el miedo del mal ejemplo, pero aun no está decidido que se pueda condenar á muerte á un hombre por dar ejemplo á otros.

Por otra parte, la paz de que Régulo queria disuadir á sus conciudadanos la aceptó Roma algunos años despues; por lo cual al proponerla habia evitado los estragos y la sangre del tiempo que medió; pero las vidas no entran en cuenta en los cálculos de la ambición. El maravillarse, pues, tanto de que Régulo, cumpliendo su palabra, volviese á Cartago, no hace demasiado honor á la especie humana.

Por lo demas, no porque nos atrevamos á echar estos borrones sobre un nombre que desde niños hemos aprendido á venerar, ha de contársenos en el número de los que duñan de la virtud, porque no creen en ella.

242. islas Egatas, fué derrotada. También los Galos desertaron de Amilcar, y se pasaron á los Romanos, que por primera vez tomaron bárbaros á sueldo.

Pero entre las batallas, su poca experiencia, y las dificultades que ofrece la navegación de la costa de África, tan funesta también para las naves francesas en 1830, habia perdido Roma setecientas galeras, cuando Cartago apenas perdió quinientas, y escaseaba tanto el dinero, que se vendía el modio de trigo en un as (1). Roma, sin embargo, tenia una constancia indomable, y vivía de la guerra, al paso que los Cartagineses como mercaderes, calculando la interrupción del comercio, y los crecidos gastos, se decidieron por poner término á las hostilidades, siendo de este modo la avaricia auxiliar de la humanidad. Roma, que se habia negado á hacer la paz por consejo de Régulo, la aceptó entónces despues de tantos gastos y tanta sangre derramada en vano. Las condiciones fueron: *Que los Cartagineses abandonarían la Sicilia y las isletas cercanas; que pagarían á Roma en el trascurso de diez años dos mil quinientos talentos por contribucion de guerra: que restituirían los prisioneros y los desertores, y que no harían guerra á Hieron, rey de Siracusa.*

CAPÍTULO VIII

Engrandecimiento de Roma.

Si la población helénica hubiera conservado en Sicilia el espíritu guerrero, esta isla habria podido tomar mejor parte en aquella guerra, y Siracusa habria merecido recobrar la preeminencia en el país socorriendo á los Romanos no solo con víveres, sino también con buques. Pero hacia tiempo que se habia acostumbrado á valerse de brazos mercenarios; y los Siculos y los Campanios que se los ofrecían se habian convertido en auxiliares de Roma. De este modo pasó sin oposicion al dominio de los Romanos toda la Sicilia, excepto el reino de Hieron: Roma introdujo en ella el gobierno de las provincias, que era como llamaba á las tierras conquistadas fuera de Italia, adonde cada año enviaba un pretor y un cuestor; el primero para juzgar las causas civiles, y el segundo para exigir los tributos. En el interior de Roma se habia aumentado el poder aristocrático, como sucede en los países libres durante las guerras largas y afortunadas. Se cerró el templo de Jano; pero muy poco despues se abrió para no cerrarse mas hasta los tiempos de Augusto.

230-223. Guerra contra los Ilirios. Declaróse la primera guerra contra los Ilirios, los cuales, faltando á los tratados, pirateaban en las costas del Adriático, y molestaban á las naves. Enviaron los Romanos embajadores con quejas á su reina Teuta, la cual los mandó dar muerte. Declaróse la guerra, y Teuta, vencida, cedió parte de sus Estados: de modo que los

(1) PLINIO, XVIII, 43.

Romanos pusieron el pié en la Iliria y seogaron los temores de los Griegos. Entónces, manifestando á porfía su reconocimiento la Liga etolia y la aquea, enviaron embajadores á dar gracias á Roma en su nombre: los Corintos admitieron á los Romanos á la celebracion de los juegos ístmicos; los Atenieses les concedieron la ciudadanía y el derecho de ser ministros de Géres: y así comenzó Roma á mezclarse en las cosas de Grecia en el concepto de libertadora.

236. Pero otros enemigos se levantaban en la misma Italia. El antiguo desastre de su ciudad habia dejado tal impresion en los Romanos, que se tenia siempre por nefasto el día de la derrota de Alía; se consideraban las guerras con los Galos como *tumultos* que obligaban á todos, sin excepcion, á tomar las armas; y se conservaba un tesoro en el Capitolio para los gastos de los tumultos galos. Por espacio de veintitres años á contar desde que fueron arrojados de la incendiada Roma, permanecieron los Galos en la orilla izquierda del Po sin salir del territorio, y despues principieron á molestar con correrías el Lacio y la Campania. Roma los expulsó de allí; pero volvieron, y hubo una alternativa de ataques y derrotas, hasta que se celebró la paz. Por algun tiempo pareció que no negaban en invasiones; mas al cabo algunas hordas vinieron del otro lado de los Alpes á la Galia Cisalpina, pidiendo tierras; y se adelantaron hasta los floridos campos de lo interior de Italia. La Etruria, que se habia prevenido contra sus ataques, les propuso tomarlos á todos á sueldo contra Roma: ellos aceptaron, pero apenas recibieron el dinero convenido, se negaron á combatir y volvieron á pasar los Apeninos.

235. Esto nos indica que los Etruscos estuvieron en guerra con los Romanos. Al mismo tiempo los inquietaban los Samnitas, y conociendo que los débiles no pueden resistir á los fuertes, sino uniéndose, formaron liga con los Etruscos en contra de Roma, á la sazón predominante. Los aliados enviaron embajadores á Sena, Bononia y Mediolano, pidiendo auxilio á los Galos. Estos se le dieron y pelearon con ellos por la independencia; pero sucumbieron ante el valor de Apio Claudio, Fabio Máximo y Decio. Roma, despues que sujetó la Italia en encarnizadas guerras, envió á Dolabela á devastar el territorio de los Senones, al mismo tiempo que el otro cónsul Cecilio Metelo derrotaba su ejército en Aretio. La disciplina prevaleció sobre el valor de los Galos: cuantos se hallaban en el territorio senon, hombres, mujeres y niños fueron degollados: Druso llevó á Roma gran cantidad de oro y alhajas halladas en el tesoro de los Senones, jactándose de haber recuperado el dinero con que se habia rescatado el Capitolio, y se estableció en Sena una colonia.

233. Ya habia fundado muchas Roma, pero esta fué la primera que estableció en territorio de Galos, centinela avanzada hácia la Cisalpina, y foco perpétuo de intrigas y espionaje. Vivian entónces los Galos en la abundancia en la Italia

Los Galos

303.

336.

293.

Liga etrusco-samnita. 296.

295.

233.

Superior; de tal modo, que por cuatro óbolos se compraba una medida de trigo, por dos una de cebada ó de vino; y en las hosterías ó posadas se comía por un cuarto de óbolo (1). No es, pues, extraño que abandonasen su antigua manía de conquistar; así cuando At. y Gall, reyes de los Boyos, que habitaban cerca de Bononia, propusieron declarar la guerra á los Romanos y apoderarse de Arimino, colonia fundada en 268, fueron muertos por el furor del pueblo.

236. Sin embargo, estos dos reyes aconsejaban lo mas conveniente á su país, porque los Romanos no cesaban de sembrar discordia entre los Galos desde Arimino y desde Sena, poniendo ademas trabas al comercio, principalmente al de armas. Por fin, el tribuno Flaminio propuso que las tierras conquistadas á los Senones cincuenta años antes y que estaban en manos de los patricios, fuesen divididas entre el pueblo y reducidas á colonias. Indignáronse los Boyos con este último golpe, é intentaron formar una alianza de los pueblos de la Italia Superior. Pero los Venetos, nacion eslava establecida cerca del Adriático, celosos de sus vecinos, se negaron á entrar en la liga: los Chenomanos habian sido ganados con el dinero de Roma; y los Ligurios, despues de una larga guerra, sostenida con su valor natural, habian sido arrojados de sus inaccesibles moradas por el cónsul Fulvio, atraidos al llano por Bebio y desarmados por Postumio, sin dejarles mas que el hierro necesario para las labores. Hallándose, pues, solos los Boyos y los Insubrios, recurrieron á los Transalpinos que formaban la liga de los Gaisdas (*Gesate*): y se reunieron en las orillas del Po los Linganes, los Auamanos, los Boyos y los Insubrios. Amenazados por la espalda por los Chenomanos y Venetos, una parte de ellos tuvo que permanecer en el país para defenderlo, avanzando los demas, que habian jurado no dejar la espada sino en el Capitolio.

237. Sobresaltada Roma por este *tumulto* y por terribles prodigios, creyó evitar las predicciones de los oráculos, sepultando en el foro boario un hombre y una mujer galos y haciendo despues armar á todos los ciudadanos. Los enemigos estaban ya á tres jornadas de Roma; pero prevaleció la fortuna latina y los Galos fueron exterminados en Telamon. Aprovechándose los nuevos cónsules de la victoria, invadieron la Galia Cispadana, y al año siguiente pasaron el Po, cerca de la embocadura del Adda, favorecidos por los traidores Chenomanos.

238. Entónces los Galos, reducidos á su vez al último extremo, sacaron los *inmóviles*, que eran ciertas insignias de oro fino veneradas como el estandarte de Mahoma por los Musulmanes, y toda la nacion acudió armada á su alrededor. Sin embargo, fueron vencidos otra vez, perdiendo á Milan y todo lo restante de Insubria; y Marcelo pudo ofrecer á Júpiter Feretrio los ópimos despojos de su general Virdu-

(1) POLIBIO.

221. maro. Celebráronse en Roma solemnnes triunfos, y para santificarlos mas, degollaron uno á uno todos los prisioneros de aquella nacion que llamaban bárbara. Estableció Roma en el Po las colonias de Plasencia y Cremona; y gloriosa de haber domado á los Insubrios, asegurado el dominio de los dos mares que la separan de España y Grecia, ocupado la Istria y la Iliria, y sujetado á su voluntad tan gran parte de Italia, que podia armar ochocientos mil hombres, insultaba ufana á su única rival, Cartago.

CAPÍTULO IX

Segunda guerra púnica.

Fácil era conocer que la paz de las islas Égatas habia sido mas bien una tregua en ventaja de Roma, la cual cuando recuperase sus fuerzas, despues de haber quitado á su rival el honor y la influencia política, hallaria un fácil pretexto para quitarle tambien la riqueza y la independencia. Porque entre las dos representantes de las estirpes de Jafet y de Sem, habia nacido ese odio nacional que se aumenta tanto en las repúblicas; y ambas comprendian que la vida de la una debia ser la muerte de la otra. Verdad es que Roma en tan mortífera guerra habia perdido ciudadanos, y Cartago mercenarios; pero aquella poseía el arte de compensar la sangre perdida con la adopcion de nuevos hijos, y en esta se convertian los soldados en enemigos. Ya durante la guerra habian causado las tropas cartaginesas no pocas inquietudes á los generales; y ya hemos visto cómo en Agrigento fueron enviados á la muerte tres ó cuatro mil Galos; otros habian sido llevados á una isla desierta, y allí abandonados á morir de hambre.

238. Cuando despues al hacerse la paz se trató de licenciarlos, los especuladores cartagineses dejaron crecer los gastos; de modo que reclamando los mercenarios á grandes gritos su sueldo, los sucesores de Amílcar, tal vez con ánimo de castigar á la faccion que habia aconsejado la paz, persuadieron á aquella turba que fuese á Cartago y allí pidiese lo que se le debia. Fueron en efecto, y en diversas lenguas, pero con igual arrogancia, pedian los salarios y se enfurecian: Cartago les contenia con palabras, y pretextando lo apurado del Erario, exigía que se contentasen con un tanto ménos. Se acallaron un poco, en efecto; pero viendo las riquezas de aquel pueblo, el mas traficante de todos, y conociendo cuán fácilmente triunfarian sus brazos de la industria de los Cartagineses, se amotinaron, llamaron á la independencia á las ciudades africanas, dispuestas siempre á favorecer á los enemigos de su tirana, y descontentas porque esta habia aumentado los impuestos; setenta mil Africanos se unieron á veinte mil auxiliares y sitiaron á Cartago. Hallábase, pues, esta ciudad, sola en poder de rebeldes y extranjeros; y en lo interior acusán-